



Sobre el charruismo

La antropología en el sarao de las seudociencias

Renzo Pi Hugarte

Introito

Desde hace ya algún tiempo, ha hecho irrupción en nuestro medio una literatura que pretende mediante elaboraciones fantásticas, rebatir por entenderlo falaz, el conocimiento largamente elaborado y consolidado referente a los antiguos indígenas de esta región. Tales brisas, que se destacan por su tono contestatario y seudointelectual, soplan ciertamente por todo el mundo redoblando el impulso cada tanto y a propósito de variados temas, tal vez como consecuencia de las corrientes posmodernas con su vocación por exaltar la irracionalidad. Pero aquí han llegado a adquirir la fuerza de un verdadero vendaval anticientífico en tiempos recientes, especialmente a propósito de la llegada al país del esqueleto de Perú, lo único que quedó de los charrúas llevados a Francia en 1832.

103

Por cierto que esto es un acontecer anecdótico, que no merecería ninguna atención ya no de los investigadores serios sino de cualquier persona que oriente su pensamiento de acuerdo con criterios de racionalidad; a lo sumo, podría apenas suscitar una soslayada sonrisa. Por supuesto, que cierto periodismo novelero que difunde fantasías inconfirmadas, tiene mucha responsabilidad en todo esto. Lo corriente es que los especialistas dejen pasar esas cosas que saben insostenibles en buena lógica, sin procurar que el público ajeno a especializaciones antropológicas o históricas pero interesado en cuestiones de índole sociocultural, oriente adecuadamente sus concepciones. Venciendo pues el natural impulso a desdeñar las fantasías y enfrentando la probable antipatía que mi exposición provoque en algunos individuos, voy a quebrar una lanza en pro de clarificar algunos conceptos antropológicos errados que parecería se hubieran hecho carne en algunos sectores de la opinión pública, llegando inclusive a estudiantes que han decidido abordar formalmente la Antropología. Por cierto que emprender esta tarea es indudablemente fastidioso, ya que frente a afirmaciones que se hacen al voleo, hay que abocarse a presentar desarrollos por veces amplios para poner de manifiesto su falta de fundamento.

Es por eso preciso aclarar de entrada que si me detengo a considerar algunas de las fantasías circulantes, es porque las mismas dan asidero para tratar otras cuestiones de permanente vigencia, como es reconocer el valor de la ciencia como único método de conocimiento objetivo. Me tiene sin cuidado que por hacer esta afirmación, algún iluso afiliado a la moda idealista, me acuse de sostener un racionalismo y un materialismo, que puede creer superado; no sé qué comprensión de la realidad se podría obtener a partir de desvaríos de esta clase. Pero además, analizar estas cuestiones permite observar el recelo con que los individuos comunes miran la ciencia, especialmente en momentos históricos de crisis, que es cuando se acrecientan incertidumbres y temores difusos –aunque entre éstos también haya algunos concretos– a pesar de los beneficios que en su vivir obtienen precisamente de las aplicaciones de la ciencia; asomarse a la expansión de una concepción del mundo de raigambre irracionalista que percibe la realidad como engañosa, por lo que presume que puede ser entendida mejor mediante explicaciones fundadas en lo imaginario y hasta lo esotérico; apreciar que como resultado de los trances colectivos experimentados, emerge la angustia por la identidad y el espanto de carecer de ella puesto que se la entiende como imprescindible para la integración sociocultural y para la consolidación en ese marco de la personalidad individual.

Como he dicho, el disparador de mis reflexiones lo constituye el auge del *charruismo*. Y en este sentido, descuento que estas páginas resultarán vanas para los mentores de ese *charruismo*, como no sea para desatar su iracundia contra los que no compartimos sus quimeras. Ya se sabe que todo fundamentalista –y los *charruistas* se inscriben en esta orientación– es refractario a las razones que se expongan cuando contradicen lo que se ha aceptado como dogma. No es pues para ellos que escribo, sino para los que por falta de instrucción cabal en este campo del saber, o por ingenuidad, pueden pensar que hay algo de valioso en las cosas que dicen los expositores de la posición *charruista*. Es altamente probable que todo se origine en el desconocimiento de lo que es el verdadero saber, pero el hecho de que los sinsentidos del *charruismo* reciban indudable atención, puede llevar al individuo común a admitir que hay algo de verdadero en los mismos.

En realidad, en un medio en que está peligrosamente extendida una visión aldeana de las cosas, cualquiera que diga algo sobre algo, es sin más tenido por especialista en el tema de que se trate y esto por cierto, excede los márgenes del *charruismo*. Frente a esto, sin embargo, quien practica una disciplina científica y se reconoce como científico, tiene la obligación ante la sociedad en general, ante la comunidad académica y ante sí mismo, de enderezar lo que está torcido, de volver a colocar sobre su base lo que ha sido puesto de cabeza. Pienso que hay que tener en la vida una actitud permanentemente pedagógica, puesto que siempre puede haber alguien que preste atención a lo sensato.

Es preciso sin embargo, tener en cuenta que lo que aquí llamo *charruismo*, no conforma la expresión de un pensamiento unificado, organizado y coherente; en rigor, hago una síntesis antológica de cosas sostenidas por distintos autores, quienes no siempre están de acuerdo con todo lo sostenido por otros expositores. Lo que en general distingue al *charruismo* como posición ideológica es la exaltación acrítica de *lo charrúa*, paralela al rechazo del conocimiento objetivo y a su sustitución por afirmaciones de índole irracional. Como resultado, en el orden de la acción, esa postura ha derivado en conductas extravagantes.

Debo remarcar para que no queden dudas y así evitar que se pueda pensar que meto a todos en el mismo baile, que me refiero exclusivamente a varios pseudo investigadores que son bastante conocidos para cualquiera que esté más o menos al tanto de estas cosas, por los libros que han publicado, la atención que la prensa les ha dedicado y las múltiples presentaciones que han hecho en radios y televisoras, así como por las

innúmeras charlas y conferencias que han dado en distintos ámbitos. Salvo en algún caso, cuyo motivo explicaré oportunamente, no menciono por su nombre a los expositores –mayores y menores– del *charruismo*: no me interesa ni hacer propaganda a sus creaciones ni denigrarlos, puesto que esto no es ninguna pugna personal; trato de poner de manifiesto cuestiones de relevancia fáctica y teórica. Quien esté familiarizado con la literatura *charruista*, se dará cuenta en seguida quién es el autor de las alegaciones que gloso.

Al escenario de las fabulaciones que tienen por motivo *lo charrúa*, se ha subido alguna de las instituciones que nuclean a los que se reivindicán como descendientes de “charrúas”, como es el caso de la Asociación de Descendientes de la Nación Charrúa (ADENCH). No obstante, es preciso resaltar que los miembros de otra institución –Integrador Nacional de los Descendientes de Indígenas Americanos (INDIA)– no se han dejado encerrar en el corral de ramas armado por el *charruismo* desatado, manifestándose públicamente contra las posiciones retardatarias y oscurantistas que a continuación referiremos; han criticado los absurdos de la ley N° 17.256 y no se plegaron a la parada que se montó para confinar el esqueleto de Perú en el Panteón Nacional. Han comprendido pues, que la verdadera vindicación, el verdadero homenaje a aquellos desventurados indios, no se hace inventándoles cosas con las que adornarlos falsamente, sino –y situándolos en el nivel histórico cultural que tuvieron– procediendo al rescate de su simple pero inmensa valía como seres humanos, lo que por cierto, no es poco decir.

La exaltación del oscurantismo

Voy a reseñar algunos acontecimientos que han llevado el sello de lo anticientífico, ingresando incluso en el ámbito del absurdo más total.

Como es conocido, el esqueleto de Perú tiene una importancia muy grande para los estudios antropológicos y no sólo en este país, ya que es fehacientemente el único que en todo el mundo se conserva de un charrúa y que además, se sabe de quien fue. Durante el siglo XIX, en el Museo de Historia Natural de París, ese esqueleto fue objeto de algunos estudios encuadrados en los límites de la incipiente Antropología Física de la época, realizados además de acuerdo con las propuestas de la falsa ciencia –luego desechada– de la Frenología. Como es comprensible, esos estudios estuvieron necesariamente restringidos por la precariedad de los medios técnicos disponibles entonces; así, lo que se pudo hacer, fue apenas medir los huesos y establecer sus proporciones.¹

En 1966, el médico uruguayo José Luis Badano Repetto conjuntamente con el antropólogo físico del Museo del Hombre de París, Jean-Louis Heim, tomaron una serie de radiografías de partes del esqueleto. Badano Repetto hizo un informe preliminar que además no publicó, de las placas realizadas, consistente en general en comparar las medidas obtenidas con las que había consignado Rivet. Aún así, expuso algunas inquietudes merecedoras de estudios más cuidadosos. El número y la orientación con que esas radiografías fueron tomadas, hizo que resultaran insuficientes para elucidar varios problemas; así, por ejemplo, Badano Repetto se preguntó si la exostosis que presenta la tibia derecha de Perú, es indicativa de una lesión sífilítica. Esta cuestión que ahora puede parecer menor, remite a lo que era la opinión corriente entre los médicos de la época en que estuvieron en París los llamados “últimos charrúas”: aunque aún no se había descubierto la acción de los agentes patógenos, se afirmaba que los indios americanos eran inmunes al contagio del *Treponema pallidum*.

1. Un repaso de los estudios hechos al esqueleto de Perú en aquella época, se encuentra en el trabajo de Paul Rivet *Les derniers charruas*, Revista de la Sociedad “Amigos de la Arqueología”, tomo IV, Montevideo, 1930.

Años después, otros investigadores uruguayos —el antropólogo Horacio Solla y los médicos Augusto Soiza del Departamento de Medicina Legal de la Facultad de Medicina y Ruben Alfonzo del Departamento de Radiología de la misma casa de estudios— revisaron esas radiografías.² Aunque no pudieron aclarar la duda de Badano Repetto relativa a la naturaleza sifilítica de la excrecencia ósea de la tibia de Perú, pusieron de manifiesto otras cosas que increíblemente no fueron advertidas por Badano Repetto y Heim, lo que lleva a pensar que su examen fue indudablemente superficial: Perú padeció sobre el final de su vida, de una infección bilateral del oído interno cuya causa no pudieron determinar a partir de las radiografías, que produjo destrucción del tejido óseo, por lo cual de haber progresado, habría interesado las meninges determinando inevitablemente su deceso. Ese padecimiento debió provocarle intensos dolores, sordera y vértigo, lo que obliga a pensar que la actitud de indiferencia que permanentemente mostraba y que describieron los que lo vieron con vida atribuyéndola a su orgullo, acaso fuera más bien el resultado de ese daño orgánico. Los revisores del estudio radiográfico descubrieron además que Perú tenía incrustado en el paladar óseo, con cicatrización, por lo que no era perceptible a simple vista, un perdigón que si hubiera penetrado un poco más, lo hubiera matado por descontado. Es comprensible que quienes estudiaron el cráneo de Perú en el siglo XIX, antes de que se desarrollaran las técnicas que permiten explorar el interior del cuerpo mediante los rayos X, no hubieran visto las huellas de esa antigua herida; y eso incita a pensar en todo lo que aún se puede averiguar con medios más modernos.

Por último, las piezas dentales de Perú permitieron el estudio comparativo de las estrías microscópicas dejadas por una alimentación casi exclusivamente carnívora —como era su caso— frente a las existentes en la dentadura de un individuo que falleció a la misma edad y que vivió en la misma época, pero que llevó una alimentación únicamente vegetariana. Este estudio tuvo un sentido experimental ya que consistió en pruebas de laboratorio realizadas por Pierre-François Puech para poder determinar los cambios en la dieta de los hombres prehistóricos.³

He hecho este repaso para poner de manifiesto la atención con que distintos científicos han estudiado los restos de Perú. Es evidente que con los recursos actuales y lo que cabe esperar de su perfeccionamiento así como del desarrollo de nuevas técnicas, mucho se podría avanzar no solo en el conocimiento de la peripecia vital de Perú, sino también de lo que fue la vida de los charrúas en sus tiempos finales. Hoy se puede disponer, por ejemplo, de la tomografía axial computarizada y de los análisis de ADN, que no existían ni siquiera en la época en que Puech hizo los últimos estudios sobre ese esqueleto. La utilización de programas adecuados de computación, permitiría realizar mediciones precisas de las piezas esqueléticas, incluyendo las partes del cráneo inaccesibles, para limitarse a lo que fueron los estudios que podrían llamarse clásicos de esos restos. De igual manera, el examen de las piezas dentales permitirá conocer las condiciones de buena o insuficiente nutrición pasadas en la infancia, así como la alternancia de esos períodos. Si esto se hiciera, es posible que partiendo del caso de Perú, se pusieran de manifiesto las penurias de los charrúas en su época última. No es preciso abundar más para que se comprenda la importancia que esos restos tienen para la ciencia.

2. Horacio Solla Olivera, Augusto Soiza Larrosa y Ruben Alfonzo Peirano *Revisión de un estudio radiográfico sobre el esqueleto de Vaimaca-Pirú*, ponencia presentada al Primer Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología Biológica (ALAB), Montevideo 29-31 de octubre de 1990. Se publicó en los "Anales del VII° Encuentro Nacional y V° Regional de Historia", año 2, N° 2, Montevideo, 1990, ya que también se presentó en esa reunión académica.

3. Pierre-François Puech *L'alimentation de l'homme préhistorique*, La Recherche, vol. 9 N° 94, noviembre de 1978, París, pp. 1028-1030.

No obstante, esto que puede ser apreciado por toda persona de entendimiento normal, es ajeno a la comprensión de algunos *charruistas*; es por eso que se han producido algunos episodios inesperados e inconcebibles, que nos retrotraen a épocas de la historia dominadas por el dogmatismo más inflexible y la ignorancia más total, que cualquiera creería que se habían superado para siempre. En este sentido, las conductas asumidas por algunos *charruistas* aparecerían como inevitablemente cómicas, si no estuvieran motivadas por el propósito de que —ahora que los restos de Perú están en el país— no se efectúe ningún estudio de los mismos.

Ya la distorsionada imagen de cómo actúa la ciencia y de cómo proceden los institutos científicos, se percibió cuando algunos años atrás se inició la campaña para repatriar “los restos de los charrúas” —así se decía— llevados a Francia. Aparte de que los propulsores de esa idea no sabían que los únicos restos existentes se limitaban al esqueleto de Perú, no sólo no atendieron a las observaciones que se les hicieron para que enmendaran el error, sino que permitieron y estimularon a los legisladores a que continuaran enfrascados en tal desacierto. El esqueleto de Perú primero se conservó en el Museo de Historia Natural de París y después de la fundación del Museo del Hombre en 1938, en éste. Pero varios *charruistas* han parecido creer que ese esqueleto se hallaba en una especie de feria de rarezas para la diversión de quienes la visitaran. En lo que me es particular, me opuse a cualquier reclamo conducente a que ese esqueleto viniera a “reposar en su tierra natal” si ello implicaba el riesgo de su destrucción. Los hechos han confirmado aquellos temores, pues ese esqueleto fervorosamente guardado durante 170 años, se dañará gravemente y desaparecerá en poco tiempo y de manera definitiva si no se toman medidas eficaces para asegurar su protección. La propuesta de que sea “enterrado” no tendrá evidentemente otro resultado; y aún su depósito en el Panteón Nacional no garantiza que pueda mantenerse sin daños como para que investigadores futuros munidos de técnicas más adelantadas que las actuales —y más bien insospechadas— puedan volver a estudiarlo. Negar esa posibilidad a la ciencia es lo que parecen querer algunos que sin embargo proclaman su devoción por Perú.

Si alguien quisiera asomarse a un abigarrado bazar de ineptitudes —ahora y en cualquier momento venidero— no tiene más que repasar los Diarios de Sesiones de las Cámaras de Diputados y Senadores en ocasión de la discusión de los Proyectos de Ley de repatriación de “los restos de los charrúas”, las Exposiciones de Motivos que acompañaron esos Proyectos y el propio texto de la Ley que al fin se promulgó. Descartando el subyacente complejo de culpa histórica nacional por el exterminio de aquellos indios en el inicio de la vida independiente del país, así como las motivaciones demagógicas de los parlamentarios, hay en esos documentos un cúmulo de dislates sin antecedentes en la legislación. Es incontestable que los parlamentarios ignoraron el fundamental estudio de Paul Rivet que detalla la suerte corrida por los indios llevados a Francia; que no se asesoraron con ningún especialista reconocido; que se instruyeron a partir de croniquillas de diarios que inclusive recogían leyendas y chistes (como que François Miterrand descendía de charrúas), etc., etc. Seguramente tomaron por buenas las fantásticas informaciones que pudo pasarles algún *charruista*. Pero además, injustificadamente —como me lo dijo personalmente un diputado— pensaron en un arranque de incontrolada omnipotencia que podían ordenar al estado francés que informara lo que había pasado con los imaginarios restos de “los charrúas”.

Por supuesto, desconocieron —no sólo los parlamentarios sino los que detrás de ellos habían promovido esa campaña— que si el Museo del Hombre accedió finalmente a devolver el esqueleto de Perú, no lo hizo por la imposible imposición de la ley uruguaya, sino en virtud de lo que se ha dado en llamar “nueva ética museística”, que consiste en entregar a los lugares de origen los esqueletos individualizados, como lo hizo el propio Museo del Hombre respecto de la conocida como “Venus Hotentota” y

el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, con los que poseía de esquimales *inuit*. Hay además otro detalle: durante la administración Mitterand, se dio a conocer un plan que transformaba el museo antropológico y etnográfico que es el Museo del Hombre, en un museo de “arte primitivo”. Si esa propuesta hubiera caminado, resultarían entonces inútiles y sin destino previsible las enormes colecciones que esa institución posee de piezas que no son valoradas como “obras de arte”. Es posible que ese proyecto estuviera motivado por el propósito de que afluyera una mayor cantidad de turistas al Palacio del Trocadero, ya que París tiene un Museo de Arte Africano y Oceánico que se encuentra en la lejana Porte Dorée. Por fortuna para la ciencia del hombre, esa idea no ha prosperado, aunque no debe descartarse que pueda ser reflatada. Y en ese caso, ¿qué se hará con la cantidad de utensilios y herramientas de todos los continentes y todas las épocas que hay allí?; ¿dónde irán a parar las colecciones de instrumentos agrícolas iniciadas con los arados de palo y las azadas del antiguo Egipto? y ¿dónde los cráneos de homínidos y hombres prehistóricos? En un nuevo museo orientado por criterios estéticos, por cierto que un viejo esqueleto como el de Perú, estaría de más. Este ejemplo sirve además para apreciar que en otras partes tampoco se entiende muy bien qué cosa es la Antropología y por qué cultivarla.

Cuando por último se supo que el esqueleto de Perú retornaría al Uruguay, se desató un verdadero festival de dislates: se pudo contabilizar alrededor de veinte propuestas relativas a lo que se debería hacer con el mismo: los porongueros propusieron que se lo enterrara en la Gruta del Palacio, en el paraje de Marincho, que aunque se trata de una formación natural luce una placa donde se asegura que esa cueva fue obra de los antiguos indios; los sanduceros ofrecieron como tumba la Meseta de Artigas; los salteños alegaron que debería levantarse un mausoleo en Arerunguá puesto que allí se ubicaron las tierras que Artigas obtuvo y en las que se refugiaron algunos de los últimos charrúas; y por supuesto, muchos argumentaron que debería erigirse una estatua conmemorativa en Salsipuedes, al pie de la cual deberían reposar los restos de Perú. Todos, en suma, querían dar los huesos a la tierra, con lo cual desaparecerán para siempre; esto, al parecer, a nadie preocupó.

Sin embargo, lo que ha colmado la copa de las sorpresas, tuvo lugar en Montevideo cuando varios investigadores concurren al Panteón Nacional para hacer un reconocimiento del esqueleto de Perú y extraerle una muela para realizar exámenes de ADN: allí se encontraron con un individuo que proclamaba ser “nieto de Vaimaca” en tanto elevaba hacia los presentes sus luminosos ojos color cielo, que se había encadenado a la puerta de reja del Panteón impidiendo así que nadie pudiera ingresar al sitio donde están los féretros. Al mismo tiempo, cuatro o cinco *charruistas* parecidos a ese automártir –quienes seguramente habían conseguido que los empleados del cementerio les advirtieran la amenazante presencia de los investigadores– apostrofaban a éstos mientras encorajinaban a aquel original “charrúa” *ad vincola*.

Paralelamente algunos que dicen ser “descendientes de charrúas” –y que bien pudieron encontrarse en ese peculiar espectáculo– interpusieron ante el Juez Letrado de los Civil de Primer Turno, un “Recurso de Amparo” a fin de que el peso de la Justicia ataje cualquier molestia al sueño eterno del cacique. Las instituciones responsabilizadas en las personas de sus jefes máximos, fueron nada menos que el Ministerio de Educación y Cultura, la Universidad de la República, la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, el Museo de Historia Natural, la Intendencia Municipal de Montevideo y la Presidencia de la República (!!); no se recuerda que haya habido un caso en que se impetrara “no innovar” a tantas autoridades, pero lo abarcativo de la acción exime de todo comentario sobre su pertinencia. En días anteriores los mismos *charruistas*, exhibiendo un sorprendente impulso pleitista, habían incoado ante la correspondiente sede penal, una denuncia en la que se sostuvo que todo estudio que se

pretendiera hacer del esqueleto de Perú, suponía incurrir en el delito de “vilipendio de cadáveres” (?!!).

Los magistrados, con acertado criterio no hicieron lugar a esas chicanas, pero horripila pensar que si se hubieran aceptado tales planteos, no ya la Antropología Física o Biológica sino inclusive la Medicina, se verían imposibilitadas de cultivo; y esta última retrocedería a la etapa de la Anatomía medieval –anterior a Vesalio– cuando la Iglesia prohibía las disecciones del cuerpo humano. Aunque esto parezca increíble, los fundamentalistas del *charruismo* han aducido en sus escritos judiciales, que los restos humanos no deben servir para ningún estudio porque ello significa un agravio al muerto.

Los promotores de las acciones judiciales referidas, no parecen haber percibido para nada lo anacrónico y ridículo de su postura. Su argumento principal reposa en que la Ley 17.256 impone la inhumación del esqueleto de Perú; dejan no obstante en la sombra el hecho de que la ley no prohíbe nada y que de acuerdo con los principios generales del Derecho, lo que no está impedido a texto expreso, está permitido, no pudiéndose establecer restricciones por la vía de la interpretación. Y no me extendiendo ahora sobre un punto que los jueces no tocaron: ¿cuál es la legitimación procesal de los promotores de la acción? Porque ¿quién puede argüir que posee un interés legítimo, personal y directo en este caso? ¿Quién puede probar de manera cierta que es deudo de Perú?

Pero ya es hora de que abandonemos esta enfadosa crónica puesto que las conductas referidas fueron promovidas y protagonizadas por personas ajenas al quehacer científico, inspiradas en sentimientos exacerbados que tal vez puedan ser comprendidos aunque no justificados ni acompañados. Pero frente a esto, resulta sencillamente inaceptable que un investigador de prestigio como es José Joaquín Figueira, también haya saltado gozosamente al ruedo para afirmar que

“... no me parece ni creo conveniente que corresponda extraer una muela (o parte alguna) del esqueleto del Cacique Charrúa Vaimaca Perú para presuntos análisis de ADN que se proyecta o pretenden realizar. Así, algunos antropólogos franceses, muy particularmente, han efectuado y dado a conocer diferentes estudios realizados sobre el esqueleto de Vaimacá Perú, *inclusive –y por sobre todo– sobre sus dientes*, habiéndose publicado dichos estudios (bastante originales, no me cabe la menor duda), con ilustraciones diversas...”

Figueira ha hecho conocer estas opiniones en un folleto de cuatro páginas adosado al opúsculo de Annie Houot *Un cacique charrúa en París* (Imprenta y Editorial Atlántica, Montevideo, 2002). Evidentemente, este autor alude al estudio de Puech al que ya nos hemos referido y cuyo sentido no era aclarar nada referido a Perú. De todo esto, sólo se puede sacar una conclusión y es que Figueira descrea que puedan hacerse otros estudios que resulten valiosos del punto de vista científico lo que significa negar que el horizonte del conocimiento objetivo pueda ampliarse más; como si hubiera alcanzado su límite infranqueable (?). Tratándose de un estudioso cuyos trabajos han sido relevantes en el panorama de la Antropología nacional, resulta abrumadoramente desolador que haya tendido su mano a quienes pretenden frenar el desarrollo del saber científico. Se conoce perfectamente al que ha sido el principal instigador de esas acciones: es un *charruista* que se destaca por su conducta delirante, que suele desplegar una intensa actividad. Como ese individuo ignora todo respecto de lo que son los exámenes de ADN y en consecuencia, lo que en este caso pueden aportar, tiende a atribuirles posibilidades fantásticas; por eso es que le ha surgido el temor de que esa técnica desnude la realidad de su situación, esto es, que ponga de manifiesto que no cuenta con antepasados indígenas, que todo lo proclamado por él no es más que una patraña para

obtener notoriedad. ¿Acaso por eso es que procura por todos los medios que no se haga ningún estudio de ADN en los restos de Perú?

El deseo manifiesto de esos *charruistas*, traduce descarnadamente la imposición de la ignorancia como programa. Si esa postura llegara prosperar, entonces cualquier certeza deberá ceder su lugar a simples conjeturas que nunca podrán ser puestas a prueba.

Denuncia y descalificación de la “ciencia oficial”

No debe pasarse en silencio un tópico que indefectiblemente aparece en los alegatos del *charruismo* y es el de que todo cuanto han escrito los verdaderos investigadores de los antiguos indígenas del Uruguay, conforma, a su respecto, la expresión de la “ciencia oficial”. Por eso, cuanto se haya dicho o se diga desde la posición académica, es ya sospechoso si no descalificable por completo. Sin embargo, es necesario no olvidar que si no fuera por los investigadores denigrados por formar parte de la “ciencia oficial”, ningún *charruista* hubiera nunca escrito nada. Y este remoquete colgado como insalvable pecado de origen, aparece ya en lo que puede considerarse como el texto fundante de la moda *charruista*: el libro de Danilo Antón *Uruguaypirí* (Rosebud Ediciones, 1994).

Como en tantas otras argumentaciones de esta corriente, se juega con las sombras de memoria que en un lector más o menos avisado puedan haber quedado de penosos acontecimientos de la historia. Durante muchísimo tiempo, durante todo el período de surgimiento de la ciencia moderna desde el Renacimiento y hasta bien entrado el siglo XIX, hubo sin duda un pensamiento “oficial” que era el sostenido por la Iglesia en los países católicos y por las iglesias dominantes localmente en los países protestantes. Todo científico debía cuidar escrupulosamente no apartarse de las “verdades” aceptadas y a este respecto, es posible evocar multitud de nombres de investigadores que debieron retractarse por haber procurado dar un paso adelante en el camino del saber, si es que no fueron llevados a la hoguera. Vienen pues a cuento el rechazo de la Iglesia al sistema copernicano o a la teoría de la evolución biológica –en lo que el anglicanismo no se quedó atrás– el sostén del régimen estalinista a las ilusiones transformistas de Michurin y Lisenko, o los criminales desatinos de la raciología nazi. Pero en el caso que nos ocupa, no hay nada que siquiera se aproxime a esos casos de extrema absurdidad nacidos del despotismo y el deseo de frenar el avance de un conocimiento que se percibía como políticamente peligroso. Por supuesto, en los regímenes totalitarios hubo asimismo un “arte oficial” orientado a la glorificación del sistema.

Detrás del pensamiento *charruista*, late una visión conspirativa de la historia y concretamente, de la conducta de los investigadores de verdad, por lo que hay que recusar sus aportes ya que no representan otra cosa que la “ciencia oficial”, y sustituirlos por fabulaciones. El núcleo de la argumentación, consiste en sostener que la “ciencia oficial” se ha propuesto ocultar la VERDAD referida a la reconstrucción de la cultura y la historia de los antiguos indígenas del Uruguay. Por cierto que esa “verdad” consiste en lo que ellos discurren, por lo que no tienen empacho en sostener que se debe desconfiar del método científico; que no es necesario estudiar, observar, comparar y experimentar –lo que hace la ciencia– para arribar a conclusiones válidas, sino que lo que se precisa es imaginar, soñar. Algunos conversos van aún más lejos, puesto que han llegado a la conclusión de que no vale la pena leer libros, ya que lo que de ellos se aprenda, será necesariamente falso; todo lo que los libros contienen debe ser desechado y el único camino es seguir lo que arbitrariamente surja de las fantasías del propio magín. Casi parecería que se asiste al trágico apotegma “libros no; alpargatas sí” con que alguna vez cierta manifestación del fascismo latinoamericano buscó hala-

gar a las masas iletradas pero condenándolas a la ignorancia perpetua. Parecería que se creyera que el saber nace de algo así como la inspiración divina o el estro poético: algunos elegidos tendrían la capacidad de conocer por sus innatas condiciones, sin necesidad de estudio. Por supuesto, la poesía nada tiene de reprochable, pero la ciencia es muy otra cosa.

Se supone que esta “ciencia oficial” es promovida desde el poder político en función de intereses que nunca se explicitan, aunque se los insinúa como malignos o antipopulares. Esto significa aceptar sin la menor sombra de duda, que las instituciones dedicadas a la investigación en cualquier campo –v.gr. la Universidad de la República– han recibido por canales secretos, órdenes precisas para que se encubra la “verdadera historia”. Esto, aparte de canallesco, es sencillamente estrafalario. Hay además una realidad incontrovertible: la mayoría –por no decir *todas*– las investigaciones que aquí se han hecho sobre los antiguos indígenas, han sido cumplidas al margen de cualquier institución pública y fueron realizadas por individuos que cuando las hicieron, ninguna relación tenían con instituciones de investigación y docencia existentes. Si hay precisamente un tema sobre el que nada se ha ocultado, a pesar de que involucra al fundador del Partido Colorado, es precisamente el del exterminio charrúa; y eso es lo que ha creado el complejo de culpa histórico que entre otras cosas, ha dado lugar a los vergonzosos disparates –en los que estuvieron de acuerdo legisladores de *todos* los partidos– que culminaron en la Ley N° 17.256. ¿Cómo pues hablar de ocultación por parte de la “historia oficial” a este respecto? Es más, solamente en una ocasión y ya bastante lejana, un historiador del Partido Colorado y admirador de Fructuoso Rivera intentó –sin éxito por lo erróneo de su argumentación– exculpar a éste de las masacres de 1831, lo que vendría a configurar un conato de “historia oficial” fracasada (v. Angel H. Vidal *La leyenda de la destrucción de los charrúas por el general Fructuoso Rivera*, Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay tomo IX, Montevideo, 1932).

El asunto, empero, muestra otra preocupante vuelta de tuerca ya que el discurso que censura liviana o malévolamente la “ciencia oficial”, recuerda demasiado lo que alguna vez expresó Adolf Hitler: “La verdad no existe. La ciencia es un fenómeno social y, al igual que los demás fenómenos sociales, se halla limitada por el beneficio o el daño que cause a la comunidad”. Los *charruistas*, al pretender que eso que han dado en descalificar por tratarse de “ciencia oficial”, impide a la inconcreta entidad que sería el “pueblo uruguayo” conocer la verdad de su pasado, viene a erigir en perjudicial cualquier estudio etnográfico e histórico que se oriente en el sentido de la objetividad; lo único que admiten son las construcciones fantásticas que apoyan un sentir patriotero, que, curiosamente, refieren a momentos históricos anteriores a la formación política de la nación. Cabe por esto preguntarse si acaso, llegado el momento en que las circunstancias lo abonen, los *charruistas* podrán constituirse en nuevos inquisidores que silencien a quienes no acepten sus veleidades, eso sí, en virtud de un nuevo sistema de creencias que esta vez compondrá un “saber oficial” de tipo clásico. Desgraciadamente, ya hay atisbos de eso.

La etnografía tramposa

Es indudable que la promoción del oscurantismo no se ha ceñido a las desaforadas acciones de algún fanático: presenta también una variante seudointelectualizada que eventualmente puede ser más peligrosa puesto que es la que consigue embaucar a los que no están suficientemente empapados en la cuestión. Así el *charruismo* ha construido una etnografía charrúa por completo imaginaria, a la que presenta como irrevocable.

Lo que primero se percibe en esta elaboración, es una especie de vergüenza incomprendible para admitir que aquellos indios fueran *salvajes*, al igual que tantas otras etnias americanas (querandíes, chonos, alacalufes, yaganes, onas, mocobíes, abipones, zamucos, sirionós, etc., etc.). En cualquier ocasión que este asunto sale a luz, es casi seguro que algún *charruista* diga algo así: “¡Qué falta de respeto! ¡Decir eso de *nuestros* indios! ¡Salvajes! ¡Si ahí están los “cerritos” del Este!”. (Aparte de que quienes levantaron esos “cerritos” muy probablemente nada tuvieron que ver con los charrúas, que ya pertenecen al período histórico, si aquellos indios hubieran construido esplendorosos monumentos –como Teotihuacán o Machu Picchu, por ejemplo– seguramente el discurso alcanzaría la nota de extremo desvarío esoterista, argumentando entonces el incomparable saber de aquellos hombres de lejanos tiempos, siempre que no se los vinculara con los habitantes de los míticos territorios de la Atlántida o el continente de Mu, con los vikingos o los seres extraterrestres, como ha ocurrido en otros lugares de América y el mundo. Esas quimeras –es por demás conocido– han dado pie a una literatura que atrae al público que desconoce las realidades del pasado, pero por supuesto, carece de interés para los especialistas).

Pero volvamos a la cuestión del salvajismo: ¿Piensan los señores *charruistas* que en Antropología la palabra “salvaje” tiene la connotación insultante que puede asumir en el lenguaje corriente? ¿Qué diría de esto Claude Lévi-Strauss que –desaprensivamente, si no lo hizo para agravar de manera deliberada– tituló uno de sus más removedores libros “El pensamiento salvaje”? ¿Habrán creído –como tantos misioneros de otros tiempos y de distintas confesiones– que cuando se dice “salvaje” se hace referencia a alguien desprovisto de facultades intelectuales y disposiciones morales? ¿Creerán que el “salvaje” se distingue por una extrema crueldad? Pues bien, entérense que “salvaje” no es técnicamente un dicitio sino que designa a un individuo o un grupo humano que se ubica en un estadio temprano de la evolución de la humanidad, la que por centenares de miles de años vivió en el “salvajismo”. Aceptar este hecho, no significa por supuesto que se haya quedado atado a los planteos del evolucionismo decimonónico. Ahora, justamente para no incurrir en lo que en el lenguaje vulgar puede suponerse un juicio de valor adverso, algunos antropólogos suelen decir para caracterizar a tales hombres, *cazadores-recolectores* tomando en cuenta su sistema económico, vale decir, la forma en que utilizan el medio en el que viven. ¿Qué tiene de reprochable que los charrúas fueran salvajes? Pero además, si los charrúas no eran salvajes, ¿qué eran? ¿Qué ejemplos de pueblos salvajes conocen –y aceptan– los paladines de la *charruidad*? ¿O es que el salvajismo, como etapa de la humanidad, no existió nunca? ¿Piensan acaso que la civilización –también como estadio de la historia humana– existió desde siempre y que surgió de la noche a la mañana? Pudiera ser que en este camino, alguno suponga que surgió por creación divina, con lo que nos inclináramos al puro pensamiento medieval.

Por cierto que si se ha pensado en fundar un tipo de identidad nacional a partir de un reconocimiento de los “valores charrúas” como perpetuos y vivos, no queda demasiado elegante poner de manifiesto que aquellos indios no habían superado la etapa del salvajismo. Pero como en el reino de la imaginación todo puede solucionarse, se dirá que aquellos indios no eran simples *cazadores-recolectores* sino que cultivaban; pero eso sí, a escondidas para que los “españoles” no se enteraran, como inverosímilmente se ha repetido. Dentro de esta manera de pensar (?) es sorprendente que a ningún *charruista* se le haya ocurrido sostener que los charrúas dominaban la metalurgia y que si utilizaban instrumentos y armas de piedra era para que los “españoles” no se dieran cuenta del nivel tecnológico que habían alcanzado (aunque por supuesto, eso les significara una insalvable desventaja en los combates). Es difícil de todas maneras, admitir que los “españoles” que habían aplastado a los grandes impe-

rios que en América existían, se fueran a amilantar ante los que desarrollaron una agricultura incipiente.

Como no han podido precisar qué cultivaban, alguno ha lanzado la idea de que cultivaban mandioca, al igual que los pueblos amazónicos, aunque como cualquiera puede enterarse, la mandioca crece por razones de clima sólo a más de 1.500 quilómetros al norte de aquí; y aunque jamás se haya referido ese hecho ni se haya encontrado –como es lógico– el más mínimo indicio de cultivo en las excavaciones arqueológicas. De paso, quien ha lanzado esa conjetura parecería que no supiera que ese vegetal –la “mandioca brava”, *Manihot esculenta* o *utilissima*, que es la de mayor importancia económica, al punto que se ha aclimatado hace ya mucho en Africa donde en varias partes constituye la base de la alimentación– es venenosa en su estado natural, por lo que no puede consumirse sin quitarle antes el ácido cianhídrico que contiene. La domesticación de la mandioca, el descubrimiento de la manera de eliminar su elemento tóxico por evaporación y el perfeccionamiento de la agricultura de roza –única posible en la selva– han sido grandes logros civilizatorios de los indios *arahuac*, tomados después por otras etnias, incluidos los *guaraníes*. A menos que se confunda ese gran alimento amazónico, con la inocua “yuca” o “mandioca dulce” –*Manihot aipi*– que es otra especie vegetal, aunque también crece en los mismos territorios que su prima la “brava”. No es admisible que se haya creído que todas las culturas indígenas son lo mismo. En su sistema adaptativo, el único cambio que por efecto de la introducción del ganado experimentaron los charrúas, consistió en que fueron dejando la recolección, actividad complementaria que no era necesaria cuando se contaba con una caza más fácil y sustanciosa.

Algún otro *charruista* con pretensiones de etnólogo, ha llevado el desatino todavía más lejos: los charrúas ni siquiera eran nómadas –como todos los grupos humanos que han vivido de la caza– y lo fueron sólo cuando llegaron los “españoles” para esconderse de ellos.

Se ha sostenido también que la población charrúa en tiempos prehispánicos, era de 300 mil individuos. Para quienes no lo tengan presente, recordemos que la densidad poblacional de los pueblos *cazadores-recolectores* en cualquier parte del mundo, oscila entre 2, 5 y 5 personas por cada 100 quilómetros cuadrados. Por las características del territorio uruguayo, cuando en él vivían solamente indios, con una fauna escasa y formada por especies en general de pequeño porte y una flora más pobre aún del punto de vista de sus posibilidades alimenticias, lo probable es que la densidad de la población se aproximara al número mínimo; esto significa que en el espacio del Uruguay actual, la población indígena difícilmente superó los 5 mil individuos. Puede esta situación compararse con la de los cazadores de guanacos y ñandúes que originalmente ocuparon la gigantesca región de la Pampa y la Patagonia, puesto que se ha estimado que serían en total unos 36 mil. Engañosamente algún *charruista* ha pretendido que los *bosquimanos* del desierto de Kalahari en el Africa austral –también *cazadores-recolectores*– presentaban una densidad de población que lleva a estimar la de los charrúas en la increíble cuantía indicada antes. Por supuesto que esa comparación es equívoca, ya que en su mejor momento, la población *bosquimana* no superó los 18 mil habitantes en un espacio de más de 250 mil quilómetros cuadrados. Al parecer, se ha permitido tal disparate de pensar que aquí nadie sabe nada de los *bosquimanos* para largar livianamente tal disparate pensando tal vez que se aceptaría como un inesperado descubrimiento que avala el gran saber etnográfico de quien lo anuncia. Una vez, en un programa de televisión en que un *charruista* salió con esa enormidad, el Prof. Daniel Vidart retrucó contundente: “Si aquí hubiera habido 300 mil charrúas, ningún “gallero” ponía un pie en una playa”. Es posible empero, que quienes han propalado tal engaño, no hayan escarmentado y continúen dándole a la maquina de sumar...

Se ha creado además una desconcertante clasificación étnica para los charrúas, asegurándose que eran “pampas”. Este nombre se popularizó en la Argentina desde mediados del siglo XIX para designar genéricamente a los indígenas que en esa época ocuparon las extensas planicies de las actuales provincias de Buenos Aires y La Pampa, llegando hasta el valle del Río Negro más hacia el sur. Ahora, de una manera también global, se les suele llamar *mapuches argentinos* ya que procedían de la zona del río Bio-Bio en Chile. Eran pueblos agricultores que al pasar al oriente de los Andes ocupando el hábitat de los primitivos *cazadores-recolectores* que allí deambulaban y en función de la adopción del caballo, perdieron las técnicas agrícolas y desarrollaron una economía predatoria basada en la caza del ganado vacuno y equino –ya que no fueron pastores– y el saqueo –los célebres *malones*– a las poblaciones criollas que se iban estableciendo en lo que entonces se llamó *la frontera*. Por su lengua, sus costumbres, sus creencias, su organización familiar, estaban emparentados culturalmente con los indios de Chile y nada tenían que ver con los charrúas, excepto en que fueron nómadas de a caballo. Como consecuencia de la campaña genocida culminada en 1879, llamada la “conquista del desierto” y mandada por el general Julio Argentino Roca –que después sería y por dos veces, Presidente de la Argentina– esos indios vieron su número mermado drásticamente; los sobrevivientes fueron arrinconados en el lejano sur.

Pero aunque no se crea, los *charruistas* han ido más lejos aún, atribuyendo a *sus* indios imposibles logros civilizatorios. Alguno ha sostenido inclusive que construían “catedrales”, aunque sus ilusorias columnatas fueran nada más que las fracturas naturales del basalto. También –y olvidando toda prudencia– han dicho que los charrúas dominaban un gran saber médico; que comprendían palmariamente la necesidad de preservar su medio (por más que la ecología se haya desarrollado en el siglo XX); que alcanzaron un refinado conocimiento matemático. Dejo las primeras aseveraciones porque cansa rebatir algo cuya improbabilidad es evidente y a pesar de eso, quiero resaltar lo sorprendente que es que no se haya pensado que no es factible que individuos que contaban con los dedos por lo que su sistema numérico alcanzaba solamente la cifra de diez y que no habían llegado, por supuesto –como tantísimos otros pueblos de la tierra– a conocer la escritura, hubieran desarrollado importantes abstracciones matemáticas. Se elude así el hecho de que en la historia de la humanidad, el álgebra y el cálculo superior, únicamente han podido darse tardíamente –no en la etapa del salvajismo, es obvio– y en sociedades complejas y letradas. Es algo equivalente a sostener que se pueden alcanzar las complejidades de la armonía, la fuga y el contrapunto con una flauta de cinco notas. No obstante estos descubridores de lo fantástico, jamás parecería que se hubieran preguntado qué utilidad podía tener para los *cazadores-recolectores* el empleo de la matemática y la geometría: ¿para calcular acaso el tiro de las boleadoras a un ñandú? Pero como es por demás sabido, las matemáticas son indescifrables arcanos para el común de la gente; de manera que aquellos que no están capacitados ni para resolver una ecuación lineal, quedarán pasmados al enterarse que aquellos indios a los que ven como sus antecesores, hubieran tenido un saber para ellos inalcanzable, superando no sólo a Euclides y Pitágoras sino también a Neper, Euler y toda una caterva de matemáticos de fuste.

Para quienes no están en el *metier* de la etnografía indígena, digamos que en verdad, no es mucho lo que se sabe de la cultura prístina de los charrúas, así como de otros pueblos indígenas de la antigua Banda Oriental, por lo que tal vez se crea que los huecos en la información se pueden llenar con quimeras. Es escaso lo que se sabe de aquellos indios por la excelente razón de que en la época en que vivieron, no se habían desarrollado como ciencias ni la Antropología ni la Etnografía. De todas maneras, lo que se conoce de los charrúas es bastante más de lo que se sabe de otras etnias de *cazadores-recolectores* que desaparecieron tempranamente. Por supuesto, lo que me-

Por se sabe de los charrúas corresponde a los momentos en que ya se encontraban involucrados en un irreversible proceso de aculturación, que para los *charruistas* parecería que nunca hubiera existido. De todos modos, se han conservado suficientes relatos de primera mano provenientes de quienes vieron y trataron a aquellos indígenas, y nada de todo eso confirma cuanto sostienen los *charruistas*. Digamos también que nunca se podrá saber nada más. De modo que si nos colocamos en los terrenos de la precisión, ¿cuáles son esas fuentes secretas que manejan los *charruistas* y de las que nos aseguran que proceden tantas maravillas? Ante tal colección de enormidades, hasta puede llegarse a creer que los autores *charruistas* –abusando de la inconsistencia del saber de sus lectores– han elaborado la aludida etnografía quimérica con intención simplemente sarcástica. (Si así fuera, huelgan los comentarios sobre su pregonada devoción por los charrúas).

El charruismo como ideología

Una cuestión como la que se acaba de plantear, no puede sin embargo responderse de una manera concluyente porque a este respecto, se ha operado un corrimiento desde el campo de la razón al de la emoción; o si se quiere expresarlo de otro modo, desde el enfoque de la *teoría* –entendiendo que ésta implica un conjunto de proposiciones sistemáticas organizado lógicamente y validado por la verificación– al de la *ideología*, en tanto que conjunto de creencias que encubren expresiones de deseo.

Un público que desconoce los alcances de la ciencia y al que le resultan inabordables los problemas referidos a cómo se sostiene el conocimiento objetivo, por un curioso efecto de transferencia añora pensar que *sus* antepasados dominaban aspectos superiores de la cultura humana. Por supuesto, considerar que los antiguos indígenas fueron *sus* antepasados, siendo a todas luces imposible de demostrar, adopta para justificarse la fisonomía del *mito*, es decir, de un componente infaltable en la *ideología*. Por una patente manifestación del pensamiento mágico, se asume que por el hecho casual de nacer en esta tierra se habrán de tener las características morales que se atribuyen a los indios o mejor, a *nuestros indios*. Daría la impresión de que jamás se ha pensado que, por ejemplo, aquel que haya nacido en el Perú no es necesariamente “inca”, ni el que vio la luz primera en México resulta “azteca”, etc. etc., como muchas veces proclaman –obviamente en broma– los cronistas deportivos...

Todo esto se conecta con los problemas de la *identidad*, o más precisamente, con la angustiada duda de no tener *identidad*. En consecuencia, como se desea fervientemente poseer una *identidad* distintiva, no igual y ni siquiera parecida a ninguna otra, una *uruguayidad* que se destaque en el mundo, se trata por lo tanto de ser lo más americano posible y para eso, nada mejor que ser *charrúa*. No obstante, la afirmación de esa *identidad* legendaria, requiere necesariamente el descarte de la auténtica historia de los orígenes familiares así como la de la formación social de este país. (En esta ocasión, dejo de lado el examen de los peligrosos elementos retardatarios que hay en todo nacionalismo ciego, el cual en cualquier momento puede tomarse agresivo, sobre lo que la historia pasada y la situación presente en el mundo ofrece tantas lecciones. Descarto asimismo por el momento lo que se puede observar como germen de racismo –acaso ingenuo– en todos los discursos que mentan la “sangre charrúa”; sólo apunto apenas esta vez que si de un lejanísimo antepasado las inverificables consejas familiares afirman que fue “charrúa”, entonces sus descendientes aunque medien innumerables generaciones, llevarán en sí misteriosos elementos que los harán distinguirse como “charrúas”. Esto supone, naturalmente, echar en el más completo olvido a los otros ascendientes con biografías mucho mejor documentadas que llegaron a estos lugares

de allende el mar: esos no merecen consideración. ¡A ver qué heroísmo pudo haber en escapar a las absurdas guerras, a las constricciones feudales, a la restrictiva estratificación social, a la miseria campesina y urbana que campearon en Europa! ¡Nada de eso es comparable a caer en medio de los alaridos y el pataleo de los potros en algún malón! Sin duda este es un tema que merece ser ahondado por los cultivadores de la Psicología Social nacional, pero que en esta oportunidad debemos dejar de lado).

Es evidente, empero, que como los difusores del *charruismo* han apreciado que no pueden probar que son los legítimos descendientes y en consecuencia, los herederos de aquellos antiguos indios –sin ahondar en más razones, por el simple hecho de que su cultura desapareció completamente– han elaborado una postura según la cual cualquiera puede ser *charrúa* con sólo desearlo y reconocerse como tal. Este es precisamente el detalle que define la naturaleza ideológica –y por lo tanto, ni etnológica ni histórica– de la cuestión. Esta conclusión es la que vuelve desatinada toda consideración que haya tendido a apreciar el movimiento *charruista* como la emergencia de situaciones *neoétnicas*, como algún ingenuo ha sostenido. A este respecto, no debe nunca perderse de vista que la pertenencia a un grupo étnico concreto, no está determinada únicamente por la autodefinición del sujeto que dice formar parte del mismo: se requiere necesariamente además la *identificación* coincidente de ese sujeto que de él hagan aquellos que son ajenos al supuesto grupo étnico. En el caso comentado del Uruguay de hoy, esto visiblemente no ocurre.

Un planteo como el reseñado, tiene como consecuencia que para los *charruistas* hubo “charrúas-charrúas –que fueron indudablemente indios; que resultaron extinguidos, aunque nunca del todo– pero que a su lado también hubo “charrúas-negros” tanto como “charrúas-rubios”; y así lo han sostenido. Es preciso resaltar que al propalar estas expresiones, los *charruistas* no se han querido referir a procesos de mestizaje que por otra parte, fueron prácticamente inexistentes. Tal vez por su débil conocimiento de todo lo referido a la vida tribal, hayan querido aludir a algunos casos de perseguidos que buscaron asilo entre los indios; pero esos individuos fueron precisamente eso: refugiados y no indios y nadie confundió jamás esas situaciones. Lo que al parecer los *charruistas* han querido insinuar es que todos los desplazados y perseguidos por la sociedad colonial, eran por eso y sin más, *charrúas*: no se requiere mayor exposición para comprobar el grueso equívoco que se encierra en considerar *charrúa* a cualquier bandolero o negro cimarrón.

Pero esta torcida concepción tiene su concomitancia actual porque nada puede impedir que haya “charrúas-actuales”; y éstos nacen por vocación antes que por origen familiar alguno, puesto que pueden proceder perfectamente de “tanos” de la antigua Lucania o de “gaitas” de La Coruña. Semejante entrevero de la baraja etnohistórica, recuerda las garganteadas fantasías del gauchismo, que aquí tiene manifestaciones eminentes y que en el Brasil hace que los descendientes de alemanes –que primero se establecieron en Río Grande del Sur y que luego ocuparon las tierras de apertura pionera del estado de Paraná– rindan culto a una gauchería que presumen constituye su más antiguo y puro folklore, no siendo raro que algunos lo consideren venido de Baviera.

Para que se pueda palpar adecuadamente cómo se arma el proceso de construcción mítica en el caso del *charruismo*, hemos de ver lo que ha escrito Danilo Antón –como ya he explicado, único autor *charruista* que menciono por su nombre– quien en imparable galope por los prados de la irrealidad jactanciosa ha dicho:

“... Hoy por hoy, esta tierra uruguaya sigue dando buenos charrúas y chiruzas. [...]. Los charrúas de hoy se caracterizan por buscar la libertad de la naturaleza, se esconden en los montes y en las playas marinas, donde todavía pescan tarariras, corvinas o sábalos. Muchos otros sobreviven en los barrios pobres de las grandes

ciudades. Son los charrúas urbanos que montan en pelo caballitos aguantadores y recolectan el único producto disponible y autorizado: la basura.

Como antes, la tierra uruguaya sigue pariendo chiruzas y charrúas jóvenes que se resisten a imitar los modelos impuestos desde los centros de autoridad. Gurises que se oponen con lo que tienen o consiguen: una ocupación en el liceo, una cuerda de tambores el 11 de octubre, una ofrenda a un orixá afro-americano o una nueva *redota* a Salsipuedes”.

(Danilo Antón *El pueblo jaguar - Lucha y sobrevivencia de los charrúas a través del tiempo*, PiriGuazú Ediciones, Montevideo, 1998, pág. 22).

De manera que ahora no se puede tener más dudas: todos aquellos que disfrutaban al ir a acampar a algún lugar agreste y pescar en los ríos y arroyos o en el mar, es porque son “charrúas”, aunque por supuesto, antes nadie lo hubiera siquiera sospechado. Acallamos sin embargo la indignación que produce que se nos diga con total frivolidad que los que han sido empujados a la marginación y a la extrema pobreza, son también “charrúas”, que mucho no deben preocupar al autor citado, ya que las reivindicaciones del charruismo no alcanzan a estos desplazados del sistema. Tampoco debe haberse fijado bien, pues los “caballitos aguantadores” más bien tiran de los carritos que recogen la basura, no teniendo sentido que sean montados “en pelo” (¿Para qué?). Es muy posible que las sociedades protectoras de animales tengan otra apreciación sobre este asunto. Pero eso sí, nos maravillamos al enterarnos de que en este país hay varias “grandes ciudades” por más que todo el mundo hubiera pensado que solamente hay una que llega al millón de habitantes. Y como quien no quiere la cosa, nos venimos a enterar además que los “charrúas” eran únicamente hombres, ya que sus mujeres se llaman en realidad “chiruzas”. Si alguno hubiera creído que esa denominación era un diminutivo –cariñoso o despectivo, según el tono empleado– de *china*, es decir, la mujer del *gaucho* de otro tiempo, se habrá desayunado de que estaba en un hondo error; es posible sin embargo que ese hipotético lector se cubra de perplejidad si llega a verificar que El Viejo Pancho llamaba “chiruzo” a su joven interlocutor y más aún si llega a oír a Jorge Valdés cantando aquel abominable tango que dice: “Chiruzo, la más linda de las pebetas...”, etc.

Pero esta pifia idiomática –que sin embargo es reveladora de cuánto se ignora– es algo bien menor dentro de esta concepción de la *charruidad* que abraza tantas realidades socioculturales que ninguno hubiera imaginado estuvieran tan profundamente emparentadas. El lector sólo puede quedar literalmente trémulo al mostrársele al desnudo lo que es un “charrúa-actual”, que sin embargo poco responde al arquetipo del *charruista*: por lo menos, no hace declaraciones a la prensa, radio y televisión, no da charlas ni conferencias ni publica libros o artículos.

Empero, se puede aceptar que al llegar a este punto, se ha logrado algo: y es entender por qué no es comprensible el discurso del *charruismo* fuera del marco dogmático que ha creado. Se trata por cierto, de un problema de ámbitos de comprensión: ello significa que cuando la “ciencia oficial” se refiere a “los charrúas” –o *lo charrúa*– lo hace empleando un lenguaje que tiene una precisa función representativa, sustentada en lo verificable y dentro de los parámetros del simple sentido común, por lo menos. Es indudablemente un discurso muy diferente no sólo en su propósito sino en su propia estructura de significación del utilizado por el *charruismo*, que trata de reforzar pareceres emotivos. Por eso ambos planteos se sitúan en ámbitos del pensamiento no sólo separados sino recíprocamente incommunicables; por esto es tan difícil lograr que los planteos del *charruismo* se ajusten a los criterios de la racionalidad.

Así, por más objeciones que se hagan a afirmaciones del tipo de las reseñadas, lo más probable es que los *charruistas*, saliéndose de trillo e ingresando jubilosamente

en el terreno de una mitología insustancial, acaso respondan: “¡Pero no me vengan a decir ahora que la ‘garra charrúa’ no existe!”. Tampoco interesa que esa malhadada expresión fuera el resultado de una humorada lanzada por un cronista de un diario montevideano en 1930, para aplaudir a los “celestes” que en la final del primer campeonato del mundo de fútbol, curtieron a patadas a los “hermanos” argentinos –total, ellos no eran “charrúas”– dando así inicio a la vituperable tendencia a valorar más el empuje que la habilidad. No tomaría en cuenta semejante tontería si no fuera porque el ya citado Antón ha –increíblemente– dedicado todo un capítulo del libro al que nos hemos referido antes, para convencernos de que esa “garra” es actual y actuante, e ironizar a propósito de los ciegos, malvados o antipatriotas que nos hemos atrevido a sostener cómo fue que la expresión nació y que además osamos afirmar que tales paparruchas carecen de toda seriedad. Este parece sin embargo, ser un punto que preocupa particularmente al *charruismo* y en el que se apoya para dar un salto aún más alto: así en la “acción de amparo” presentada para que no se estudie el esqueleto de Perú, como era de esperar, no se olvida sacudir “la ‘garra charrúa’, de la que hablamos cuando nos referimos al fútbol (sic), sin considerar lo que realmente significa...” (pág. 5). Y bien: ¿qué cosa puede “realmente” significar esa expresión? Y aquí nos queda la duda de si el redactor de ese documento en esa críptica frase, no habrá querido deslizar un aviso para los iniciados en los misterios pertinentes, de inquietante e inconfesable propósito, al dejar entrever el recuerdo de algún grupo paramilitar de ultraderecha de la época de la dictadura, como el que precisamente se autodenominó “Garra 33”; ya se sabe que para esas cosas siempre han venido como anillo al dedo los mitos patrioterros...

La Ley de Gresham de las ideas como fundamento de las seudociencias

El *por qué* algunos se han propuesto construir y glorificar un *charruismo* mítico, puede comprenderse con relativa facilidad, puesto que las motivaciones se extienden desde la vanidad ínsita en el síndrome del descubridor de novedades sorprendentes, hasta la practicidad de procurar variadas ventajas crematísticas; es decir, que pueden buscarse explicaciones ubicadas en algún punto del abanico que se abre entre los extremos de la buena y la mala fe.

Pero más complicado –aunque mucho más interesante del punto de vista lógico– es comprender el *cómo* resulta posible que se acepten los mitos que el *charruismo* ha creado; esto se relaciona con los mecanismos psicosociales de afirmación de la creencia, por lo que se emparenta con fenómenos tales como el despertar de la conducta religiosa o el éxito de la propaganda política. Ante todo, es un hecho indudable que el escepticismo no ha constituido ni constituye una tendencia generalizada en ninguna sociedad: es apenas un privilegio de algunos que son precisamente los que han facilitado el avance del conocimiento objetivo. La mayoría, no se inclina al cultivo de la duda: pretence certezas puesto que la incertidumbre redundaría en angustia. Por eso y respecto de cualquier asunto, se aceptan las conclusiones que resulten sentimentalmente gratas; como en las canciones populares que relatan los dramas del desamor, es preferible no saber a sufrir.

Así pues, con la moda del *charruismo* se ha puesto de manifiesto una especie de *Ley de Gresham de las ideas*. Lo explico: sir Thomas Gresham (1519-1579) fue un “hacendista” –como se llamó entonces a los protoeconomistas– que además de crear la Bolsa de Comercio de Londres, puso en claro un principio clave de la economía monetaria: que *la mala moneda sustituye a la buena*. En aquella época de patrón oro, una

moneda era *buena* cuando la proporción de fino que contenía era la que se declaraba; y la *mala* moneda, lógicamente, era aquella que presentaba una cantidad menor de fino aunque conservara el mismo valor nominal. El desplazamiento de la *buena* moneda por la *mala*, tiene lugar porque ésta, como es obvio resulta más accesible.

Bien, en el caso que comentamos –y lo mismo ocurre con otros casos vinculados al auge de las pseudociencias y también en el ámbito de la demagogia– las ideas erróneas, fabulosas o disparatadas, suelen desplazar en la apreciación del público, a las acertadas y probadas. Pasa así por el principio del ahorro del esfuerzo: aunque esas *malas ideas* sean incompletas, defectivas o simplemente absurdas, no serán percibidas de esa manera porque de todos modos serán fáciles de entender –es decir, más accesibles– ya que no requieren estudio y adiestramiento previos. Dicho de otra manera, las *malas ideas* aportan explicaciones simplistas a problemas de gran complejidad, aunque la dificultad que implica su entendimiento no sea fácilmente perceptible para quienes carecen de *training* y experiencia en la investigación seria. Mucho más pronto serán aceptadas si satisfacen expectativas referidas a lo deseable o a imaginarios planteos idealizadores; en el caso considerado, sobre lo que fueron los charrúas. Es decir, que las *malas ideas* que se han echado a rodar sobre esos indios, tienen éxito porque precisamente no apuntan a la razón sino a la emoción.

Hay otras cuestiones vinculadas. Por ejemplo, en cualquier campo del saber, para poder elaborar hipótesis plausibles, se precisa competencia profesional y experiencia; y cuanto más extensas y profundas sean éstas, se considerará más seriamente a su expositor. Por supuesto que esto no significa que los planteos de ese investigador hayan de ser necesariamente acertados; significa sí que los mismos serán el resultado de la cuidadosa valoración de los hechos; significa que habrá arribado a las conclusiones de que se trate gracias al rigor del método de la ciencia. Por otra parte, los estudios que haya cumplido ese investigador, tienen obligatoriamente que ser pertinentes a la cuestión de que se trate; cualquier otro estudio no da calificación profesional al respecto.

Todo aquel que desconozca el desarrollo de las ciencias humanas y sus logros, puede pensar que en el campo propio de las mismas cualquier cosa es admisible, aunque constituya una pura improvisación. Neciamente se tiende a creer que en este orden del saber, “todo es opinable”. A fin de que se entienda mejor, veamos esto en relación a otra cuestión que puede ser apreciada como paralela: cada tanto y en cualquier parte, aparece un iluso, un crédulo, un bromista o un demente que pretende haber inventado una máquina de movimiento continuo. ¿Qué atención prestarán a esa afirmación los ingenieros mecánicos? ¿Y qué pensará el público de tal desatino? Sin embargo, en lo que tiene que ver con lo social, lo cultural –y en este caso, con *lo charrúa*– parecería que invenciones equivalentes ameritan ser puestas a la par de lo que ha sido probado y demostrado. Debemos por lo tanto concluir que en materia de mecánica, se ha avanzado mucho más en lo que tiene que ver con la reprobación de las *malas ideas* que en Antropología, Historia, Etnohistoria, Sociología, Economía, etc. ... No debe olvidarse que la creación de *malas ideas* en estos campos, resulta mucho más fácil que el generar *buenas ideas*: para aquellas, alcanza con lanzar afirmaciones sin base pero atractivas para el público despistado.

Cuando un científico que trabaja en los campos señalados expone para los que tienen una equivalente formación y adiestramiento, no consigue con idéntica facilidad alcanzar la comprensión de los que son ajenos a esas disciplinas; éstos, por lo común, tienden a creer que esas cuestiones son similares a las que motivan las preocupaciones triviales del diario vivir y que por lo tanto, pueden explicarse también de una manera simplista. Y dejo de lado las dificultades que entraña el entendimiento de conceptos específicos, aunque no sean expuestos en un lenguaje que para el común de la gente resulta críptico. Es por eso que las *malas ideas* son sentidas como accesibles para todo el mundo y en consecuencia, como convincentes.

Por el contrario, el estilo tentativo y a veces hasta dubitativo que suelen emplear los verdaderos científicos al comunicar el resultado de sus pesquisas, mostrando sus avances como aproximaciones provisionales y nunca como conclusiones definitivas, lo que no es otra cosa que la manifestación de su honradez intelectual, generalmente dejan en el lego la sensación de que está ante alguien que no conoce demasiado del asunto de que se trate; de alguien que “no sabe”. Esta es la razón por la cual tiene tanta fuerza persuasiva la tajante forma apodíctica que corrientemente adopta la exposición de todo improvisado seudoinvestigador, saltándose a la torera toda prueba empírica y cualquier demostración lógica.

El lector que preste atención a las aseveraciones del tipo de las que hemos reseñado al considerar la etnografía *charruista* fantástica, percibirá que éstas constituyen paradigmas de *malas ideas*. Asimismo, los planteos generales que procuran descalificar *a priori* cualquier producto de investigación por tacharlo de “ciencia oficial”, proporciona una gran fuerza a las *malas ideas* o abona el campo para dar cuenta de las mismas a continuación.

La falta de discernimiento de lo que es la investigación científica útil y verdadera, se aprecia en el caso concreto de los *charruistas* en que continuamente objetan lo que respecto de aquellos indios consignan los textos de la escuela primaria (!), a los que acusan de no exponer las cosas “como son” (como ellos fantasean que son, o como gustarían que fueran). No se conoce ningún investigador de verdad que haya de informarse, tan luego, en esos materiales elementales.

Coda y final

120

Hay varias cuestiones más en el *charruismo* que sería excesivo considerar aquí. Por ejemplo, el sesgo esotérico que han tomado muchas de sus afirmaciones dando lugar a conductas correlativas. Así, es ya muy conocido que se han reiterado los ceremoniales de recordación en el monte de Salsipuedes, en los que los concurrentes se inclinan hacia el ocaso para evocar a los guerreros muertos, para lo que se ayudan con algún porro. También se han multiplicado los anuncios que propagandean como “medicina alternativa” el *chamanismo charrúa* (!). También merece destacarse que cuando la caja que contenía los huesos de Perú era introducida en el Panteón Nacional, mientras la gente allí reunida perdía el compás al tratar de cantar la canción de Ruben Lena “A don José”, un muy conocido *charruista* acompañado por tres jóvenes catecúmenas, al socaire de una tumba cercana, hacían que un improvisado turíbulo de lata esparciera un humo perfumado; suponemos que se trataba de algún ritual propiciatorio para la osamenta del cacique, tal vez de inspiración umbandista, acaso rescatado mediante la iluminación del ensueño...

Pero hay otra cuestión que presenta una importancia mayor y es el desinterés que los *charruistas* han manifestado por los verdaderos y actuales problemas que enfrentan las poblaciones indígenas de otros países de América. Esos, que son indios de verdad, no descendientes de europeos disfrazados de indios, empeñan su esfuerzo por la consolidación de sus derechos humanos y ciudadanos en los países donde habitan. Su preocupación no es revivir el culto a las deidades muertas ni hablar líricamente de la naturaleza, sino procurar que ésta no sea cada vez más degradada. Ya lo creo que existen pueblos indígenas de los que ocuparse y abundan los motivos para secundar sus inquietudes y sus combates. Pero frente a los graves problemas de las poblaciones indígenas americanas actuales, nunca se ha visto ninguna manifestación de apoyo a los mismos de parte de los más conspicuos autores *charruistas* ni de los de ADENCH: ni un solo comunicado, ni un acto que muestre su solidaridad por los que sufren la condi-

ción de indios. Sólo parecen haber estado motivados por atribuirles a *sus* charrúas grandes logros culturales, en promover el renovado llanto sobre Salsipuedes, en felicitarse por los homenajes oficiales tributados a Perú y de paso, en adular a las autoridades. En rigor, su energía se ha encaminado con renovados bríos a impedir el avance del conocimiento. Hay en todo esto, una clara actitud contrastante con el pujo contestatario de no “imitar los modelos impuestos desde los centros de poder” como dijo Antón. Por todo eso, cabe situar al *charruismo* del punto de vista político, como arrimado a la derecha recalcitrante y patrioterá; tal vez esto pueda explicar muchas de sus afirmaciones y acciones.

Lo que es indudable, es que el *charruismo* carece del sentido del pudor ante la exposición de las barbaridades a que nos ha acostumbrado; cualquier persona sensata se sentiría avergonzada por tener que hacerse responsable de semejantes cosas.

Por un acto de fe —es decir, prescindiendo de la razón— se puede creer lo que sea; pero eso sí, no puede pretenderse que las fantasías a las que se ha dado crédito, sean tomadas por verdades. Turba comprobar la insondable ignorancia de los principios elementales de la Etnografía —y también de otras disciplinas, así como de las realidades del mundo actual— de que hacen gala los *charruistas*. No se debe, empero, descartar que se manejen deliberadamente de mala fe, haciendo lo que reprochan a la “ciencia oficial”: inducir al engaño. Consterna además comprobar que haya tanta gente dispuesta no ya a comulgar con las ruedas de molino del *charruismo*, sino a tragarse el molino por entero. Y aunque es lamentable tener que dedicar tiempo a desarmar la madeja de desatinos echados a rodar por los *charruistas*, no se debe mirar para el costado cuando se trata de impedir que todo eso desemboque en posturas inquisitoriales.

Es evidente que la producción del *charruismo* sólo puede ser valorada como un tipo de literatura fantástica, aunque no alcance el brillo estilístico, ni la difusión (¡Se ocupa de algo tan local...!), ni el éxito en las ventas (¡Ya lo quisieran! Aunque tampoco les ha ido tan mal en este punto...) de las obras de Pauwels y Bergier, de Kolosimo, de von Däniken. Nuestros autores, al igual que los que acabamos de recordar, están movidos por el propósito de ganar dinero con sus publicaciones y de paso, obtener cierta nombradía en tanto que “investigadores”. Queda pues entendido que nadie pretende que no publiquen lo que se les ocurra; a lo que no tienen derecho es a pasar gato por liebre, a pretender que se los considere seriamente. Hay además algo en la práctica de la ciencia que precisamente sirve para categorizarla y que inclusive está más allá de la aplicación del método: es el mantenimiento de los principios morales que la misma supone y que inspiran sus trabajos. Pues bien, no hay ética en favorecer las confusiones, en velar el pensamiento crítico, que es en lo que al final se resume la obra y la conducta del *charruismo*, así sea una consecuencia no buscada en un principio.

No tengo dudas de que los desvaríos del *charruismo* no sobrevivirán; dentro de no mucho tiempo, nadie se va a preocupar por sus “teorías” y es muy probable que nadie repase los libros que las contienen. Me atrevo a hacer este vaticinio porque así ha pasado con todos los errores y mentiras que falsamente se han envuelto en el ropaje de la ciencia y con todas las posiciones contrarias al avance del conocimiento objetivo. Me veo pues en la obligación de confesar que he hecho esta crónica para que no se olvide que a comienzos del siglo XXI, curiosamente ha habido aquí individuos que haciendo gala de una mentalidad retardataria, a propósito de cuestiones que tienen que ver con la etnohistoria de esta región, incurrieron en opiniones disparatadas y propiciaron acciones ridículas de efecto oscurantista. Pudiera ser que alguien en el futuro, aparte de pasmarse, ría de buena gana con estas cosas.